

José Santos Chocano*

Por honroso encargo del Departamento de Literatura de la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, traigo en esta solemne ocasión, cuando el Perú —conmovido— recibe a uno de sus hijos más ilustres, la voz fraternal y justificadamente alborozada de todos los catedráticos de nuestro claustro. Vengo a manifestar la profunda satisfacción que nos embarga a todos los hombres de letras del Perú ante un acto justiciero y dignísimo que honra por igual a todos los Poderes del Estado. Y vengo a agradecer al pueblo de Lima aquí presente.

Creyó el Cantor de América —Chocano, hermano nuestro entrañable— que el día 13 le era nefasto y un ominoso 13 de diciembre, a los 59 años de edad, en Santiago de Chile, una tibia tarde de primavera, hace algo más de treinta años, cayó bajo la aleve puñalada de un insano, y creyó también, con el don adivinatorio de los poetas, que el día 14 —fecha de su natalicio —le era favorable. Y así ha sido en efecto: el 14 de mayo de este año, cuando el poeta, de estar vivo, hubiera cumplido los 90 años, ha señalado en los fastos sentimentales de nuestro pueblo el grandioso reencuentro de sus dormidas cenizas solitarias con el humus vivificante de la patria. Asistimos a un paradojal nuevo nacimiento: Chocano no viene a ocupar, de pie, como un soldado vigilante, el metro cuadrado que pidió en uno de sus más intensos y sinceros poemas: viene a ocupar el lugar que en nuestro corazón de peruanos le habíamos reservado desde siempre. Viene a florecer en rosas blancas de amistad, como en los versos inmortales de Martí, en nuestros pechos. Somos testigos de un nuevo amanecer: Chocano, gran poeta realista y objetivo, patriarca negado, pero efectivo, de nuestra moderna poesía, tiñe de nuevo e ilumina con los ecos de su verbo rotundo y sonoro el horizonte de Lima, ciudad que

* Discurso pronunciado por el profesor Francisco Bendejú, en nombre del Departamento de Literatura de la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, con ocasión de la repatriación de los restos del poeta José Santos Chocano.

tanto amó. No constituyen mis palabras, como pretenderá la obcecación de algunas almas pequeñas, una apología delirante o una pérdida total del sentido crítico — que siempre he considerado honra y prez de la raza humana. No. Mis pálidas y conmovidas frases intentan sumarse a un acto de estricta justicia: durante casi veinte años la obra de Chocano ha soportado —con honrosísimas excepciones— el reflujo demoledor de la crítica peruana y continental y los dardos envenenados de una juventud literaria, valiosa y bien intencionada quizá, pero equivocada en suma, pues negar a Chocano a fardo cerrado equivale a negar la insurgencia de la tormentosa idiosincrasia nacional.

En cierta oportunidad afirmé que muchos atacaban a Chocano sin haberlo leído siquiera. Y ello constituía, para los pocos que hemos escogido las letras y la creación literaria como nuestro norte y suprema ambición, una injusticia flagrante e intolerable que era menester combatir. ¿Cómo era posible que uno de los tres poetas máximos del Perú mereciera la repulsa no razonada de la juventud pensante? No que yo niegue el legítimo derecho a discrepar, como yo mismo, hasta cierto grado, discrepo con las teorías poéticas y la producción literaria de Chocano, pero pensaba —y sigo pensando— que la discrepancia debe darse en un marco dialéctico de razones históricas y argumentos válidos. Que no era, desgraciadamente, lo que sucedía. Pues Chocano se había convertido en la víctima de moda: gratuitamente se le enfrentaba con Eguren, por ejemplo, olvidando que el gran lírico de Barranco se había adherido con un poema a la coronación pública del poeta en 1922 — y nadie le obligó a ello seguramente; se le enfrentaba con Vallejo, olvidando la deuda que éste, en “Los Heraldos Negros”, había contraído con Chocano y, más aún, sin pararse a considerar que tal vez el más lejano antecedente formal en nuestra literatura de las tremantes estrofas de “España, aparta de mí este cáliz” estaba, con otro espíritu es verdad, en el estro épico y apasionado de algunas composiciones de “Alma América”. Y llegando hasta hoy ¿cómo negar, verbigracia, que el fervor nacionalista y el empuje resuelto, viril y sin tacha de la poesía de Romualdo viene de los cuatro soberbios sonetos de “La Tierra del Sol”? Sí, de ahí donde Chocano, interpretando la vocación bolivariana y universalista de nuestra patria, proclama con verbo fulgurante y profético:

Será el Perú amazónico el pueblo sin rencores,
que enjugará los llantos de todos los dolores
y partirá entre muchos las hostias de su altar,

porque la Raza al borde del Marañón nacida
penetrará cien años en la futura vida,
como penetra el río cien leguas en el mar.

No soy un conservador ni un tradicionalista, en la desviada acepción que suelen darle a este último vocablo ciertos críticos interesados y obtusos: aceptación total y totalitaria del pasado. Para mí la tradición es trasmisión triunfal de virtudes y valores y rechazo reflexivo y sistemático de errores. En tal sentido la tradición cumple un rol revolucionario en la literatura. Y no solamente en las letras sino en todas las manifestaciones de la vida.

Antes de continuar esta pobre alocución —y seré breve, os lo prometo— quiero destacar, agradecer y aplaudir cálida y sinceramente la espléndida gestión cumplida por el primer especialista de Chocano en nuestra patria: Luis Alberto Sánchez, crítico e investigador insigne y amigo generoso de los poetas. Puedo no militar en la trinchera de mi antiguo, sabio y respetado maestro, pero no puedo dejar de exponer a la ilustrada consideración de este auditorio que, solamente gracias a su romántico y denodado empeño, vivimos este momento sobrecolector que no es sino prolongación de la vida íntima de nuestro poeta: Luis Alberto Sánchez se ha encargado noble y piadosamente, más allá de la indiferencia y el olvido, más allá de la disolución y la muerte, de dar razón a la creencia pueril —¡pero tan humana! —del gran poeta cuyos restos encuentran hoy refugio de amor —y ojalá que eternamente florido!— en nuestra tierra. Y quiero extender también la gratitud, en nombre de la Facultad de Letras y mío propio, a la familia Barzelatto Sánchez, que por tantos años acogió en el mausoleo familiar el sueño sin tiempo del poeta, y a la hermana República de Chile en la persona de sus excelentísimos representantes diplomáticos, por las facilidades que ha brindado para que la superstición ingenua e inofensiva del poeta se concretara.

Permítaseme, para terminar, que repita un juicio que emitió hace algunos años: “Con todas sus limitaciones, no tantas ni tan grandes que no cedan en la balanza a la principal y más excelsa de sus virtudes: su avasallador aliento épico, Chocano constituye, pesare a quien pesare, una figura capital e in-sustituible en nuestras letras, un hito obligatorio”.

Hermanos peruanos: ante la tumba tardía del poeta os invito, humildemente, a deponer egoísmos y rencores. Estoy seguro que no es otro el homenaje que Chocano hubiera esperado de nosotros. El nos amó ardientemente. Amemos lo que él

soñó y amó por sobre todas las cosas: la unión de nuestra patria, tan heroica, generosa y grande. Que sus derribados huesos que hoy retornan obren a modo de elementos catalizadores. ¡Ayudémosle todos a José Santos Chocano a seguir viviendo y a escribir su poema más hermoso! No olvidemos que el corazón, en última instancia, escribe los versos memorables, y que la bondad es la luz del corazón.

Que nuestras banderas se inclinen ante el hijo pródigo que vuelve, pero que nuestros brazos se alcen en un juramento de fraternidad y renovadora construcción.

Chocano está desde hoy, de pie para siempre, en el centro sensible de la patria que con tanto amor cantó

¡Vea nuestra paz!

Lima, 14 de mayo de 1965.



Francisco Bendezú

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»